

RESUMEN COMPLETO

La vida de Lazarillo de Tormes

de autor anónimo

La lámpara encendida

Un libro sin autor

El Lazarillo de Tormes apareció en mil quinientos cincuenta y cuatro, sin el nombre de quien lo escribió. Hasta hoy, nadie sabe con seguridad quién fue. Es un libro corto, contado en primera persona por su protagonista, Lázaro, un muchacho pobre que va sirviendo a un amo tras otro para no morirse de hambre.

Lázaro escribe ya de adulto, dirigiéndose a una persona importante a la que llama vuestra merced, que le ha pedido que le cuente un asunto delicado, el caso. Y para explicarlo bien, dice, empezará por el principio, para que se vea cómo un hombre puede salir adelante con poca fortuna y mucho esfuerzo.

Nacido en un río

Lázaro nació literalmente en el río Tormes, cerca de Salamanca. Su madre estaba en una aceña, un molino de agua, donde trabajaba su padre, y allí le vinieron los dolores del parto. Por eso lo llaman Lázaro de Tormes.

Su padre, Tomé González, molinero, fue acusado de hacer sangrías en los costales de los que venían a moler, es decir, de robar harina. Lo castigaron y lo desterraron. Se fue como acemilero de un caballero a una expedición contra los moros, la de los Gelves, y allí murió.

Su madre, Antona Pérez, viuda y sin nada, se fue a vivir a Salamanca. Allí empezó a tratar con un hombre moreno que cuidaba los caballos de un comendador, llamado Zaide. Al principio el niño le

tenía miedo, pero Zaide traía pan, carne y leña en invierno, y Lázaro pronto le cogió cariño. Tuvieron un hijo, un hermanito de Lázaro.

Pero Zaide robaba la cebada de los caballos para llevar comida a casa. Lo descubrieron, lo azotaron, y a la madre le prohibieron volver a verlo. Ella se puso a trabajar en un mesón. Y un día pasó por allí un ciego que buscaba un mozo que lo guiara. La madre le entregó a Lázaro, con la esperanza de que el niño aprendiera a vivir.

El toro de piedra

Nada más salir de Salamanca, al llegar al puente, había un animal de piedra con forma de toro. El ciego le dijo a Lázaro que acercara el oído, porque dentro se oía un gran ruido. El niño, inocente, se acercó. Y el ciego le dio un golpe tan fuerte contra la piedra que le duró el dolor tres días.

Entonces le dijo, riéndose, una frase que Lázaro nunca olvidaría: necio, aprende que el mozo del ciego un punto ha de saber más que el diablo. Lázaro cuenta que en ese instante despertó de la simpleza en que dormía. Ya estaba solo en el mundo, y tenía que espabilar.

El ciego avariento

El ciego era astuto como pocos. Sabía cientos de oraciones para todo, y la gente le daba limosna sin parar. Pero era el hombre más tacaño del mundo, y a Lázaro lo mataba de hambre.

Así que el niño aprendió a engañarlo. Llevaba el pan en un fardel, un saco cerrado con un candado. Lázaro le descosía una costura por debajo, sacaba buenos pedazos de pan, de torreznos y de longaniza,

y volvía a coserla. Cuando el ciego recibía una moneda, Lázaro la cambiaba en la boca por media blanca, una moneda más pequeña.

El jarro de vino

El ciego bebía de un jarrillo de vino que siempre tenía en la mano. Lázaro le daba besos callados al jarro hasta que el ciego, al notarlo, se lo agarró por el asa. Entonces el niño inventó una paja larga de centeno, y sorbía el vino desde lejos. El ciego empezó a tapar el jarro con la mano.

Lázaro hizo después un agujerito en el fondo del jarro y lo tapó con cera. En invierno, cuando el ciego se sentaba al fuego con el jarro entre las piernas, la cera se derretía y el vino caía gota a gota en la boca del niño, que se ponía debajo.

El ciego no entendía cómo se le acababa el vino. Hasta que un día palpó el jarro y descubrió el agujero. Disimuló. Al día siguiente, cuando Lázaro estaba con la cara hacia arriba, bebiendo, el ciego levantó el jarro con las dos manos y se lo dejó caer en la boca con todas sus fuerzas. Le rompió los dientes. Desde entonces, dice Lázaro, quiso mal al ciego.

Las uvas

En Almorox, un vendimiador les dio un racimo de uvas. El ciego propuso comérselo a medias: él cogería las uvas de una en una, y Lázaro también. Pero el ciego empezó a cogerlas de dos en dos. Lázaro, al ver que su amo hacía trampa, empezó a cogerlas de tres en tres, o como podía.

Al acabar, el ciego le dijo: Lázaro, me has engañado; juraré que tú has comido las uvas de tres en tres. Lázaro le preguntó cómo lo sabía. Y el ciego contestó: porque yo comía dos a dos, y callabas.

La longaniza y el poste

En Escalona, el ciego le dio a Lázaro una longaniza para que la asara y le mandó a comprar vino. Había junto al fuego un nabo pequeño y estropeado. Lázaro, con mucha hambre, se comió la longaniza y puso el nabo en el asador.

Cuando el ciego mordió, notó el nabo frío y supo lo que había pasado. Le abrió la boca a Lázaro a la fuerza y le metió la nariz dentro, hasta la garganta, para olerle. Con la angustia, a Lázaro le vino el vómito y le devolvió la longaniza en la cara. El ciego le dio una paliza delante de toda la gente, y los vecinos se reían contando las hazañas del mozo.

Lázaro decidió irse. Pero antes quiso vengarse. Un día de lluvia, en la plaza, el ciego le pidió que lo llevara a un sitio donde el arroyo fuera estrecho. Lázaro lo colocó delante de un poste de piedra y le dijo que saltara con todas sus fuerzas. El ciego saltó y se dio de cabeza contra el poste. Cayó medio muerto. Y Lázaro le gritó: ¿cómo, y olisteis la longaniza y no el poste? Y salió corriendo de la villa.

El clérigo de Maqueda

En Maqueda entró a servir a un clérigo. Si el ciego era tacaño, este era peor. Guardaba el pan en un arca vieja, cerrada con llave, y le daba a Lázaro una cebolla cada cuatro días. Los sábados se comía una cabeza de carnero y al niño le dejaba los huesos roídos. Lázaro

llegó a desear la muerte de los vecinos, porque en los entierros comía bien.

Un día pasó por la puerta un calderero, que a Lázaro le pareció un ángel enviado por Dios. Le hizo una llave para el arca. Lázaro empezó a sacar pan, pero con cuidado: rompía los panes por los bordes, como si fueran ratones. El clérigo tapó los agujeros con tablas y clavos, y Lázaro hizo agujeros nuevos.

Un vecino le dijo al clérigo que en aquella casa solía andar una culebra, y que seguramente era ella la que se comía el pan. El clérigo empezó a dormir con un garrote, atento a cualquier ruido.

Lázaro, por miedo a que le encontraran la llave, la guardaba de noche en la boca. Pero una noche, mientras dormía, el aire pasaba por el agujero de la llave y hacía un silbido. El clérigo creyó que era la culebra, se acercó a oscuras y dio un garrotazo con toda su fuerza. Le abrió la cabeza a Lázaro. Al curarlo, encontró la llave en su boca y lo entendió todo.

Quince días después, cuando el niño se recuperó, el clérigo lo echó a la calle.

El escudero de Toledo

En Toledo, Lázaro tuvo por fin un amo que parecía de buena posición: un escudero bien vestido, que caminaba por la calle con aire de gran señor. Lázaro creyó que había tenido suerte. Pero pasaron las horas y el escudero no compraba comida.

Llegaron a su casa, que estaba vacía. No había muebles, ni comida, ni nada. Solo una cama pobre. El escudero no tenía ni un céntimo. Y

fue Lázaro el que empezó a mantenerlo, pidiendo limosna por las calles y compartiendo con él el pan que le daban. El escudero fingía no tener hambre, pero comía con ganas lo que le traía su criado.

Lázaro descubre con este amo algo nuevo: le tiene lástima. Es pobre como él, pero su orgullo le impide reconocerlo. Sale a la calle con un palillo en la boca, para que todos crean que ha comido.

La casa lóbrega

Un día, Lázaro se cruzó con un entierro. La viuda lloraba diciendo que llevaban al difunto a la casa triste y desdichada, a la casa lóbrega y oscura, a la casa donde nunca comen ni beben. Lázaro creyó que se refería a la suya, y salió corriendo a cerrar la puerta para que no metieran al muerto. Cuando se lo contó a su amo, el escudero se rio mucho.

El escudero le contó su historia: era de Castilla la Vieja, y se había ido de su tierra solo por no tener que quitarse el sombrero ante un caballero vecino. Esperaba encontrar en Toledo un señor importante a quien servir.

Un día se presentaron los dueños de la casa y de la cama a cobrar el alquiler. El escudero salió a cambiar una moneda y no volvió nunca más. Lázaro se quedó solo, y fue él quien tuvo que dar explicaciones. Dice que, al revés de lo normal, no fue el criado quien dejó al amo, sino el amo quien huyó del criado.

El fraile, el buldero y el capellán

Después sirvió a un fraile de la Merced, muy amigo de andar fuera y de visitas. Este le dio los primeros zapatos que tuvo en su vida, pero

no le duraron ocho días. Lázaro lo dejó por lo mucho que caminaba, y por otras cosillas que prefiere no decir.

Luego entró con un buldero, un hombre que vendía bulas, unos papeles de indulgencias de la Iglesia. Era un embaucador de primera. En un pueblo de la Sagra de Toledo, donde nadie le compraba, montó una farsa con el alguacil: fingieron una pelea en la iglesia, y el alguacil cayó al suelo como poseído. El buldero rezó por él con gran teatro, el alguacil se curó como por milagro, y todo el pueblo corrió a comprar bulas. Lázaro estuvo con él cerca de cuatro meses, y aprendió cuánto engaño puede haber en la gente que parece santa.

Más tarde molió colores para un pintor de panderos. Y después entró al servicio de un capellán de la catedral, que le dio un asno y unos cántaros para vender agua por la ciudad. Fue su primer trabajo de verdad. En cuatro años ahorró lo bastante para vestirse de hombre de bien, con ropa usada pero digna, y una espada. Entonces dejó el oficio.

El caso

Sirvió un tiempo a un alguacil, pero era un oficio peligroso, y lo dejó. Por fin consiguió lo que él llama un oficio real: ser pregonero en Toledo, el que anuncia en voz alta los vinos que se venden y acompaña a los condenados diciendo sus delitos.

El arcipreste de San Salvador, viendo lo bien que trabajaba, lo casó con una criada suya. A Lázaro no le va mal: el arcipreste les da trigo, carne, ropa vieja, y les alquila una casita junto a la suya.

Pero en la ciudad se murmura que su mujer va demasiado a casa del arcipreste, y que tiene con él algo más que trabajo. Ese es el caso por el que vuestra merced le pregunta. El arcipreste le aconseja no hacer caso de las malas lenguas, y pensar solo en su provecho.

Y Lázaro decide hacerle caso. Cuando alguien le habla de su mujer, se enfada y dice que jurará sobre la hostia consagrada que es tan buena mujer como la mejor de Toledo. Prefiere la paz y el pan seguro a la honra. Y termina diciendo que en aquel tiempo estaba en su prosperidad, y en la cumbre de toda buena fortuna.

Por qué todavía nos habla

El Lazarillo es el padre de la novela picaresca. Por primera vez, el protagonista no es un caballero ni un santo, sino un muchacho hambriento que mira el mundo desde abajo. Con mucho humor, el libro critica la avaricia, la hipocresía religiosa y el orgullo vacío de los que aparentan lo que no tienen.

Y su final deja un sabor agridulce. Lázaro ha salido de la miseria, sí. Pero para hacerlo ha tenido que aprender a mirar hacia otro lado. Más de cuatro siglos después, la pregunta sigue en el aire: ¿qué estamos dispuestos a aceptar a cambio de no pasar hambre?

Resumen original de La lámpara encendida. Escucha el libro completo, leído en voz baja, en nuestro canal de YouTube.
Descarga gratis más libros de dominio público en nuestra web.